

**COLOMER SEGURA, Ana: *Dorothy Day*, Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2011, 112 pp.; *Peter Maurin*, Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2013, 122 pp.**

Aunque solo fuera por el casi completo desconocimiento que existe en España de las figuras de Dorothy Day (Nueva York, 1897-Nueva York, 1980) y Peter Maurin (Oultet – Francia, 1877-Nueva York, 1949) ya habría que dar por bienvenidas estas dos miniaturas biográficas dedicadas a dos de los activistas sociales católicos más destacados del siglo XX en los Estados Unidos. Tanto sus respectivas biografías como sus propuestas de reforma social, reflejadas en el movimiento *Catholic Worker* que fundaron, bien merecen ser estudiadas desde la perspectiva de la filosofía política. Las dos monografías de Ana Colomer se centran en relatar la peripecia vital de ambas personalidades. Aunque al hilo de esas presentaciones la autora esboza inevitablemente las bases teóricas en las que se sustentan las iniciativas que Day y Maurin llevaron a cabo, el estudio sistemático de su pensamiento será el resultado de la tesis doctoral que está culminando en estos momentos y que cuando se publique esta reseña ya habrá sido defendida.

1. *Peter Maurin, Dorothy Day y el alumbramiento del Catholic Worker*

Dorothy Day nació en 1897 en el seno de una familia de clase media de Nueva York. Por el trabajo de su padre, se crio en San Francisco y en Chicago. No recibió ninguna educación religiosa en su familia, aunque sus padres pertenecían a la iglesia episcopaliana, donde Day se bautizó y confirmó. A los 16 años recibió una beca para estudiar en la Universidad de Illinois. En esta época, Day abandonó la religión por completo, al tiempo que crecía su sensibilidad hacia el movimiento obrero. Dejó la universidad después de dos años y se mudó a Nueva York a trabajar como periodista, colaborando en publicaciones y grupos de talante socialista y anarquista. Se unió a las manifestaciones de las sufragistas, lo que la llevó a su primera estancia en prisión. Este tiempo de frenética actividad social también fue una época inestable en lo sentimental: Day se enamoró de un hombre que no la amaba y que la abandonó cuando ella se quedó embarazada, aun después de que ella abortara su criatura por tratar de salvar su relación. Esto sumió a Day en una profunda depresión, se cambió de ciudad varias veces y se casó con otro hombre, aunque el matrimonio no llegó a durar un año. Durante todo este tiempo había ido naciendo en Day un impulso por acercarse a la Iglesia católica, y había tenido encuentros inspiradores con gente religiosa. Poco después conocería al que siempre consideró el amor de su vida, Forster Batterham, con quien estableció una relación de hecho y vivió unos años felices en la playa de Staten Island, Nueva York. La inquietud religiosa de Day despertó con más fuerza al quedarse embarazada, un hecho inesperado y feliz, pues ella pensaba que no podría concebir de nuevo. Cuando nació su hija, Day decidió bautizarla en la Iglesia católica, pues era la iglesia de los trabajadores y los inmigrantes, la gente con quien ella siempre había querido identificarse. Forster era un ateo convencido y no creía en el matrimonio, así que empezó un distanciamiento entre los dos que se hizo definitivo cuando Day se bautizó un año después. La pareja se separó para siempre, y Day vio con tristeza cómo su bautismo implicaba, no solo el distanciamiento de su compañero, sino el

de sus amigos y, más aún, el de las «masas obreras», cada vez más cercanas al comunismo y más alejadas de la Iglesia. En los años treinta, Day era una periodista que escribía para revistas católicas, con una especial sensibilidad hacia el movimiento obrero, pero que vivía con angustia ese distanciamiento cada vez mayor entre los trabajadores y el mensaje evangélico.

Esto habría seguido así de no ser por la llegada a Nueva York de Peter Maurin. Nacido veinte años antes que Day en el Languedoc rural, Maurin había llevado una vida errabunda y algo novelesca antes de encontrarse con Dorothy Day. En su juventud fue hermano de La Salle, donde había cultivado la vocación por educar que permanecería siempre en él. Antes de hacer sus votos a perpetuidad, decidió dejar la congregación y unirse a movimientos intelectuales de París ligados al catolicismo reformista. Siempre ávido lector, estudió las ideas del personalismo francés, que seguiría a lo largo de los años y se encargaría de transmitir a Dorothy Day. En 1909, decepcionado con la política francesa, decidió emigrar a Canadá, donde se estableció con la idea de «volver al campo», influido por las ideas de los distributistas británicos y los recuerdos de una infancia sencilla y feliz. La empresa agrícola no funcionó, por falta de medios para afrontar las duras condiciones climatológicas, así que durante más de veinte años Maurin se dedicó a trabajar en Canadá y Estados Unidos como asalariado en todo tipo de empleos no cualificados y mal pagados. Cuando conoció a Dorothy Day, en plena crisis económica, aparentaba ser uno más de tantos obreros que pasaban penurias, pero pronto se evidenció su gran bagaje intelectual y dio a Day el impulso que ella necesitaba para poner en marcha una publicación que acordaron en llamar *Catholic Worker*: un periódico que mostraba a los trabajadores que la Iglesia estaba de su lado y proponía una «revolución del corazón» para crear una sociedad más justa. En el periódico se mezclaban noticias de condiciones laborales y huelgas con menciones al distributismo, el personalismo y la Doctrina Social de la Iglesia.

En un ejercicio de coherencia, pues se promovía la responsabilidad personal, Day empezó a organizar varias casas de acogida para desempleados y personas sin hogar, en las que tanto ella como Maurin vivieron y desde donde ambos se esforzaron por hacer realidad el ideal de comunidad personalista que buscaban para el resto de la sociedad. Desde lo que ya era el «movimiento» *Catholic Worker*, se pusieron en marcha mesas redondas y escuelas de formación para discutir los problemas económicos, sociales y políticos del momento. Como respuesta a la crisis de empleo, se abrieron varias granjas comunitarias, en busca de una filosofía que viera el trabajo como un medio de desarrollo personal, conectado con las necesidades humanas, en contraposición al trabajo alienante de las fábricas de las ciudades.

Desde el principio de su publicación, el *Catholic Worker* dejó claro que era un periódico pacifista, idea promovida directamente por Dorothy Day. Dando cabida también a reflexiones en torno a la guerra justa y sin llegar a rechazar del todo esta doctrina clásica, el periódico defendería que la guerra moderna era injustificable. A pesar de las constantes críticas y dificultades, Day permaneció toda su vida como una firme crítica al capitalismo individualista y al belicismo, dos realidades aceptadas en Estados Unidos, pero que ella veía profundamente nocivas, no solo para los estadounidenses, sino para todas las personas. Se manifestó en numerosas ocasiones con los obreros que pedían mejores condiciones laborales, así como contra las guerras y las armas nucleares, hechos que la llevaron a varias estancias en prisión, la última de ellas a los 76 años. En sus últimos años de vida recibió numerosos reconoci-

mientos, y a su muerte fue calificada como la persona católica más importante de Estados Unidos. En 1998 se inició la causa de su canonización.

Llama la atención lo poco que tenían en común Dorothy Day y Peter Maurin cuando se conocieron. Ella era americana, él francés; ella nació y se crió en una gran ciudad, él venía del campo y nunca renunció a esas raíces; ella procedía de un ambiente ajeno a la religión, él pertenecía a una familia profundamente católica; ella tuvo una conversión religiosa radical, él siempre mantuvo una intensa fe; ella apenas dedicó tiempo a su formación académica, él tenía una vasta cultura alimentada de su insaciable afán lector; ella cultivó sus lazos familiares y siempre vivió muy vinculada a su única hija Tamar Teresa (1926) y a sus seis nietos, él tuvo una existencia solitaria; ella siempre se interesó acciones que tuvieran un impacto social inmediato, él se preocupaba por transmitir toda una filosofía desde la que reconstruir por entero la sociedad. A pesar de esas diferencias, o precisamente por ellas, existió una total complementariedad entre ambos a la hora de poner en marcha el *Catholic Worker*. Dorothy Day siempre reconoció la deuda intelectual que tenía con Peter Maurin. Pero es obvio que si Peter Maurin no se hubiera encontrado con Dorothy Day jamás habría existido el *Catholic Worker*.

## 2. *Del compromiso existencial a la responsabilidad social*

Como se ha dicho, el movimiento *Catholic Worker* tenía tres áreas fundamentales de acción: el periódico y las mesas redondas como espacios de encuentro entre personas con formas de pensar muy diversas para tratar de los grandes problemas sociales que afligían a la clase obrera; las casas de acogida para personas que carecían de alojamiento o recursos para vivir; y las granjas comunitarias donde trabajadores y estudiosos vivían en comunidad. La inspiración de estos tres proyectos procedía de Peter Maurin, quien a su vez las tomó de los monjes irlandeses que evangelizaron Europa tras las invasiones bárbaras. Maurin abogaba por una «revolución verde», en honor de los monjes irlandeses, frente a la «revolución roja» de los comunistas. Maurin presentó el proyecto, con sus tres ramas y las fuentes de las que bebía, en las páginas del *Catholic Worker* con estas palabras: «A través de las discusiones en mesas redondas, distribuidas por toda Europa, hasta Constantinopla, los misioneros irlandeses hicieron pensar a la gente. A través de las casas de acogida, los misioneros irlandeses ejemplificaron la caridad cristiana. A través de las comunas agrícolas, los misioneros irlandeses convirtieron a los pensadores en trabajadores, y a los trabajadores en pensadores» (Maurin, P.: «Maurin's Program», en *The Catholic Worker*, junio-julio 1933, p. 4).

Como es obvio, el movimiento *Catholic Worker* se inspira en el cristianismo y se pone en marcha gracias al profundo compromiso de sus dos artífices tanto con la fe cristiana que profesaban como con las clases más desfavorecidas por las que luchaban. Ante esta evidencia resulta inevitable volver sobre una de las cuestiones cruciales de la filosofía política, que es objeto de gran controversia: la relación entre las creencias privadas y la vida pública. Está extendida la idea de que la ordenación justa de la sociedad es previa a las cosmovisiones particulares de los individuos: las ideas de bien de los individuos pueden comparecer solo una vez que se ha construido una idea de justicia imparcial para todos. Por eso, se llega a afirmar que las cosmovisiones particulares constituyen un obstáculo para la ordenación justa de la sociedad.

Las vidas de Dorothy Day y Peter Maurin son, a mi entender, un testimonio de lo contrario en un triple sentido. Primero, ellos nunca ocultan que su proyecto de acción social se sostiene en la fe que ambos profesan. Entienden que es precisamente esa cosmovisión particular la que les indica el modo de construir una sociedad más justa. Evidentemente no se trata de una novedad. Desde Gandhi hasta Nelson Mandela pasando por Martin Luther King Jr., por citar solo a tres de las personalidades más influyentes en el reconocimiento de la dignidad humana en el siglo XX, advertimos que las convicciones personales más profundas –incluso las religiosas– están a la base de su acción social. Lejos, pues, de abdicar de las cosmovisiones personales para construir un mundo más justo, los grandes reformadores sociales llevan a cabo su empresa a partir de ellas. Segundo, es difícil pensar que la iniciativa que llevaron a cabo a partir de sus creencias no contribuyó decisivamente a mejorar las condiciones de vida de los más desfavorecidos y a crear un orden social más justo. Es cierto que Maurin y Day no se preocuparon tanto de exigir al Estado la garantía de unas condiciones de vida digna para la clase obrera como de lograr que la propia sociedad atendiera esas necesidades. Pero con su acción lograron mejorar la vida de muchas personas, incrementar la solidaridad ciudadana, y favorecer la adopción de políticas que garantizaran los derechos de los trabajadores. Tercero, solo por la fuerza de su creencia personal –que les llevó a realizar grandes sacrificios a lo largo de muchos años– pudieron llevar a cabo aquello en lo que creían. Si no hubiera sido por sus cosmovisiones particulares su acción social no habría tenido el desarrollo y continuidad que sigue teniendo hoy en día.

El pensamiento y la acción social de Dorothy Day (en menor medida el de Maurin, pues murió treinta años antes y además siempre estuvo más interesado en la difusión personal de sus ideas) pivota sobre dos pilares: el anticapitalismo y el pacifismo. Tuvo mérito mantener esta doble posición en un país que se identifica en buena medida con el capitalismo y el militarismo. Y más aún hacerlo cuando lo hizo ella. Ser pacifista en Estados Unidos durante la guerra de Vietnam era subversivo pero muy común. Ahora bien, serlo durante la 2.<sup>a</sup> Guerra Mundial era juzgado por muchos como una actitud sentimentalista y, por algunos, hasta como una suerte de traición a la patria y a los valores de Occidente. Ser anticapitalista en la actualidad, cuando la crisis económica ha hecho aflorar las entrañas perversas del capitalismo, no plantea problemas de estigmatización social. Pero serlo en los años cuarenta y cincuenta, cuando parecía que era el modo óptimo de organizar la vida económica a la vista de los niveles de crecimiento que tenía Estados Unidos, era motivo de sospecha. Ambas posiciones mantienen enteramente su vigencia en la actualidad. El capitalismo resulta hoy mucho más obsceno que cuando vivía Dorothy Day. Y la guerra nunca nos ha abandonado; al contrario, sus manifestaciones no han hecho más que diversificarse. Por ello, Dorothy Day se nos presentan como un modelo plenamente actual al contemplar la lucidez de sus intuiciones y la tenacidad de su empeño por llevarlas a cabo.

### 3. *La comunidad científica y el progreso en el conocimiento*

Ana Colomer ha escrito las dos obras que comento en su condición de investigadora del Departamento de Filosofía del Derecho, Moral y Política de la Universitat de València. Desde sus inicios ese departamento se ha caracterizado por el número y la calidad de las tesis doctorales realizadas sobre autores de finales

del siglo XIX y del siglo XX que han tenido una especial relevancia para la filosofía del derecho y la filosofía política contemporáneas: Giuseppe Capograssi (Jesús Ballesteros); Emile Durkheim (Javier de Lucas); Jean Lacroix (Ernesto Vidal); Agnes Heller (María José Añón); Gabriel Marcel (Encarnación Fernández); Simone Weil (Emilia Bea) son solo los primeros y valiosos testimonios de una dilatada, fecunda y brillante tradición investigadora.

Dentro de esa línea de investigación ha adquirido un notable desarrollo el estudio de autores personalistas, en el marco del grupo de estudios personalistas que en estos momentos lideran Ernesto Vidal, August Monzón y Emilia Bea. Es precisamente en ese entorno en el que Ana Colomer viene desarrollando su trabajo. Se pone así de manifiesto lo que todos en la Universidad sabemos pero no siempre se valora ni se cuida suficientemente: que más importante aún que las capacidades del individuo para la investigación es la escuela –la tradición investigadora– en la que se inserta. Ciertamente no todos los investigadores tienen la fortuna de iniciarse en una genuina escuela de investigación porque son más frecuentes las estructuras investigadoras meramente formales. Más difícil aún es que se integren en escuelas de investigación maduras que hayan sido capaces de ofrecer resultados científicos de excelencia. Tal es el caso del departamento que hace ya treinta años puso en marcha el recién jubilado Jesús Ballesteros. Y uno de los muchos frutos maduros del departamento es la robusta línea personalista, que lo convierte en el que más tesis doctorales sobre autores personalistas se han defendido en España y quizá al mundo.

Con estos antecedentes no pretendo quitar méritos a los excelentes relatos biográficos que Ana Colomer ha publicado sobre dos autores que, aunque vivieron y trabajaron en Estados Unidos, bien pueden vincularse a la corriente personalista. Únicamente quiero poner de manifiesto que, cuando se trabaja en entornos intelectuales propicios, es mucho más probable que los trabajos de investigación produzcan resultados tan valiosos como los que Ana Colomer ha conseguido con estos dos libros. De ahí que la Universidad y los poderes públicos deberían considerar como una de sus prioridades el fomentar las condiciones para que esas escuelas de investigación florezcan. En no pocas ocasiones parece que hagan lo contrario, bien porque sofocan la investigación con un exceso reglamentista, bien porque tratan toda la investigación como si solo existiera la que se hace en los laboratorios y con grandes infraestructuras científicas.

Tres méritos principales encuentro en los dos libros de Ana Colomer que he comentado. Primero, aproxima al lector español dos figuras de la acción social estadounidense del siglo XX: Peter Maurin y Dorothy Day. Casi todo el mundo en España conoce a Martin Luther King Jr. Muchos han oído hablar de César Chávez (de quien, por cierto, se ha presentado recientemente un Biopic: *César Chávez: An American Hero*, Diego Luna, 2013). Pero casi nadie sabía nada hasta ahora en España de Day y Maurin. Segundo, aun tratándose de dos biografías extraordinariamente rigurosas, construidas a partir de todas las fuentes disponibles (en muchos casos difíciles de conseguir), su lectura resulta apasionante. Gracias a la buena pluma de la autora, el rigor de la investigación no ha sepultado el atractivo de los personajes. Tercero, Ana Colomer se centra en narrar los hechos pero va dejando caer referencias al pensamiento de ambos personajes, de modo que crea expectativas que supongo que podrán satisfacerse tras la próxima presentación de su tesis doctoral.

Vicente BELLVER CAPELLA  
Universitat de València